

anegado en la luz riente del día. Las paredes oscuras, las casas ruinosas, revivían en esa fiesta de colores y sonidos, y el campanario, tímido como un ensayo, se erguía, impreciso, por sobre el hacinamiento de viviendas rurales.

Yo iba pensando: «parezco enfermo». Y esta idea me repicaba en el cerebro al mismo tiempo que de mis labios pendían continuamente, como una cuenta de perlas, las sílabas de un nombre.

Ante mis ojos, precediéndome en el camino, su imagen se desenvolvía, perezosa y lenta, en sus gracias delicadas y recias a la vez. No era mi cuerpo, sino mi alma, la que se encantaba, en la certidumbre dolorosa de su soledad, con esa aparición. Era mi alma la que había extendido los brazos en el desconcierto de su aislamiento, hacia ese ensueño que me había salido al paso, agravando mis melancolías de huérfano...

Media hora más tarde descansaba ya en la ribera del arroyo. El sol desmentuzaba el oro agresivo de sus rayos en las aguas fangosas, donde permanecían en el silencio, como navíos infantiles, pequeñas isletas de verdín. Croaban las ranas su cántico en la delicia de la mañana y mi corazón se adormeció como mi cuerpo en una placidez inefable.

Cerráronseme los ojos y un sueño blando me presentó, como contraste de mi vida, el rostro incomparable de la moza.

¿Podría yo describir el asombro producido por su presencia real cuando mis pupilas se abrieron? Estaba acostado. Temí que estuviera enfermo.

—Padre— dijo— me acerqué porque le he visto allí, magnífica y dulce. Cubría su cuerpo un vestido de percal azul, sobre cuyo fondo puntos amarillos daban una ilusión de cielo estrellado. Recordé la estampa donde la Virgen María pisa el globo terrestre rodeado de nubes grises, envuelta en un manto constelado de estrellas de oro. Isabel tenía un vago parecido con Nuestra Señora y en su boca divisé la misma expresión de angustia. Me levanté.

—Gracias, hija mía— repuse—. Estoy bien. Me recosté un poco para descansar, pues he pasado la noche leyendo. ¿Adónde se dirigía usted?

—Iba a ver una vecina: un encargo de mi madre.

Se calló. Por su frente armoniosa pasó como una sombra y expiró en sus labios breves sin haberse traducido en palabras.

—Padre...

—¿Isabel?

Me miró largo rato sin decirme algo. Por fin, dijo:

—Sr. cura, Ud. está siempre triste.

—Es cierto, hija mía. Es una desgracia para mí. Un sacerdote digno de su apacible ministerio debe ser alegre para ser bueno. La tristeza no predispone a la bondad y nos induce con frecuencia a justificar las malas acciones...

Isabel se fué. Desde aquel día visitaba con asiduidad esa familia de agricultores, en cuyo seno mi angustia tranquila se expandía con dulzura.

Una mañana me anunció el deseo de hablarme.

—Señor cura: mis padres me quieren casar con un mozo de la vecindad. Necesito su consejo.

La escena ocurría en el jardín. Al oír estas palabras me apoyé en el tronco de un árbol seco y sin ramas.

—No puedo darle consejos— respondí con esfuerzo. No deben darse consejos en estos asuntos. Puedo tan sólo recomendarle que no contraríe sus sentimientos.

—Siendo así, señor cura, no puedo

casarme con el mozo de que le hablo. Padre...

Bajó los ojos y sus pestañas sombrías no se levantaron sino cuando yo empecé a hablarla.

—Isabel: si insistes un minuto más abandono hoy mismo el pueblo.

Mi breviario cayó al suelo. Isabel lo recogió, lo besó, y entre sus hojas gastadas asiló una violeta. Lentamente se alejó mientras que por mis mejillas rapadas descendían dos lágrimas. No supe más de Isabel, y sólo recuerdo la gracia noble de su figura y la belleza caritativa de su alma, cuya imagen reproduce la violeta que duerme hace treinta y cuatro años en mi breviario, testigo persistente de aquel suceso lejano y fugaz que perfuma mi existencia y hace tolerable la monotonía lúgubre de las horas.

ALBERTO GERCHUNOFF

(Del N° 8. Tomo I de las Ediciones Selectas América, Buenos Aires).

Si por acaso alguna vez...

SI por acaso alguna vez, dormida ya la tarde, acurrucados en un rincón en una iglesia de pueblo, permanecisteis en vuestro banco hasta el momento en que a medio extinguirse el humo votivo y próximas a cerrarse las puertas, se ve aparecer sin que se sepa de donde, un hombrecillo misterioso de andar vacilante que va desvaneciéndose con auxilio de un largo apagador las llamas de las velas colocadas en las arañas de la nave central entre un cortejo de prismas iridescentes, hasta dejarlo todo anegado en tinieblas, de cierto que entonces sentisteis cómo la mano de lo desconocido

vertía en vuestro espíritu una copa de silencio y de sombras, como un vaso de tristeza aletargada, o un pomo de dolor un si es no es dulce, un si es no es cruel.

¿Por dónde y cómo este mismo hombrecillo misterioso penetró en el alma y fué apagando una a una las varias lucecillas— azules cocuyos— con que engalané en un tiempo las naves de mi ermita, hasta dejarlo todo envuelto en dolientes sombras? Dolor, ¿por qué puerta entraste a mi alma?

RUBÉN COTO

(Inédito).

INTERIOR

Me encuentro mudo y solo en la estancia vacía donde todas las cosas me hablan de su existencia: parece que su cuerpo, donde habitar solía, ha dejado una huella de espiritual esencia.

La luna del espejo en donde se veía finje a cada momento reflejar su presencia. Canta en la jaula el pájaro con más melancolía, y la estancia la pueblan sordos ecos de ausencia.

Con los filos dorados, un libro de oraciones abierto sobre un mueble, dice: Las aficciones del mundo son pequeñas... Volved la vista a Dios...

Los ojos vuelvo. Y pienso melancólicamente: ¡Quién hubiera podido saborear dulcemente la exquisita tristeza de su postrer adiós!

MARIANO BRULL

(El Figaro, Habana, 1919).